



ARGENTINA

Volver al futuro del kirchnerismo. Una mirada en clave latinoamericana

Por **Federico Montero**

Federico Montero analiza las posibilidades del kirchnerismo y las distintas estrategias opositoras, contextualizando la coyuntura electoral en el marco del proceso político que vive la región desde la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela.

Según cómo se lo considere, 2015 arrancó demasiado temprano o todavía está calentando motores. Para los que reducen la política a la campaña electoral y la campaña a la definición de los candidatos, aún está en las gateras. Sin embargo, el proceso de discusión y movilización de cara a la resolución del problema de la continuidad política del ciclo iniciado en 2003 tuvo en noviembre y diciembre último importantes hitos. Los actos en el Luna Park, en Ferro, en Argentinos Juniors, en Atlanta y, el 10 de diciembre, en Plaza de Mayo fueron claros indicadores de una fuerza política que después de doce años sigue convocando con agenda de corto y mediano plazo. Su correlato fueron los altos índices de aceptación popular de CFK que hoy vuelven a manifestarse, el espontáneo pero tradicional incendio social de los diciembre argentinos brillando por su ausencia y los primeros indicadores del comienzo de la recuperación económica de la mano del consumo en las vacaciones. Todas señales de una realidad que se obstina en persistir a pesar de las operaciones y los cambios en los estados de ánimo: la existencia de un bloque social y político relativamente compacto, movilizad, con una conducción clara y despliegue territorial, un rumbo definido, relativo control de las variables económicas y un nada despreciable caudal electoral propio.

Frente a este escenario, si algo demostró la operación montada en ocasión de la muerte del fiscal Nisman es que, más allá del kirchnerismo,

no existe capacidad de movilización en la Argentina que pase por fuera del dispositivo que conducen los grandes medios de comunicación, que hoy sintetizan a los distintos factores de presión social, política y corporativa. Desde ese lugar, conducen el bloque opositor, definen su formato e inciden en la arquitectura de su oferta electoral, además de contribuir sustancialmente a la definición del sentido de la disputa en 2015 a partir de la idea de fin de ciclo.

Esta constelación discursiva afirma que lo que estaría llegando a su fin es una forma política basada en la confrontación y el antagonismo, para dar paso a una mutación del sistema político, reordenado detrás de los liderazgos emergentes de Macri, Massa y Scioli. Un “giro hacia el centro” desmovilizante y teledirigido, que incluso tendría alcance regional como clausura del periodo abierto por Chávez, Lula y Kirchner. Esta idea, que en nuestros pagos cotizaba en alza con la promesa de un *revival* del formato menemista de la mano de Sergio Massa, comenzó a ser enterrada tras el acuerdo de la UCR con Mauricio Macri, que sienta las bases para la muy probable polarización con el candidato –sea el que fuere– del FPV.

Levitsky y el fin del giro a la izquierda en la región

Ante la complejidad del escenario político en países clave como Brasil y Venezuela y ante las elecciones que se vienen en Argentina, un viejo conocido de los politólogos argentinos, Steven Levitsky, ha vuelto a diagnosticar el fin del llamado “giro a la izquierda en la región”, cuyos gobiernos se encontrarían, según él, en una severa crisis. A pesar de que reconoce que la crisis no afecta a cinco de las nueve experiencias que él caracteriza como de izquierda (Bolivia, Ecuador, Uruguay, Nicaragua, El Salvador), a su juicio, el comienzo del fin sucederá en las presidenciales de octubre en Argentina, donde ninguno de los candidatos que él considera más perfilados –Massa, Macri, Scioli– es estrictamente kirchnerista y por consiguiente su triunfo implicará necesariamente el fin de ciclo tan ansiado por los columnistas de *La Nación* y *Clarín*. La misma suerte correrían los procesos en Brasil y en Venezuela –este último desterrado de las experiencias consideradas democráticas por Levitsky–.

Siguiendo su razonamiento, se darían cita para sentenciar la clausura de la etapa un factor de índole interna –el inevitable desgaste en el gobierno que determinaría la imposibilidad de trascender los tres mandatos “en democracia”–, y uno externo –el fin del denominado “boom



de los *commodities*”, que habría facilitado las experiencias de izquierda en Ecuador, Venezuela, Brasil y Argentina—.

Evidentemente, las condiciones internas y externas han cambiado en Argentina y en la región desde la llegada al gobierno de Néstor Kirchner, y los gobiernos populares deben afrontar nuevos desafíos. Pero, ¿implica esto que necesariamente estemos ante la clausura de las experiencias populares? ¿El mal llamado “viento de cola” fue un factor coyuntural que favoreció a estas experiencias o la súbita emergencia de “kirchneristas” en

Las condiciones internas y externas han cambiado en Argentina y en la región y los gobiernos populares deben afrontar nuevos desafíos. Pero, ¿implica esto que necesariamente estemos ante la clausura de las experiencias populares? ¿El mal llamado “viento de cola” fue un factor coyuntural que favoreció a estas experiencias o la emergencia de “kirchneristas” en Grecia o España indican que en realidad estamos ante la presencia de condiciones estructurales favorables para este tipo de fenómenos?

Grecia o España indican que en realidad estamos ante la presencia de condiciones estructurales favorables para este tipo de fenómenos?

Repasemos tres rasgos salientes del escenario global que coexisten con los procesos de cambio en la región. Un primer elemento a considerar es la persistencia de la crisis económica internacional que estalló en 2008 en un contexto de redefinición de la geometría del poder global. En ese marco, la crisis de los gobiernos neoliberales “clásicos” en Europa o México contrasta con el escenario en América del Sur donde el propio Levitsky reconoce que se mantienen mayoritariamente en el gobierno fuerzas populares. En segundo lugar, por fuera de la región, se registra el ascenso económico y político de un grupo heterogéneo de países —Rusia, China, India— que comparten haber sustraído gran parte de su proceso de acumulación económica del dominio del capital transnacional y buscan frenar el efecto de la crisis internacional

a través del fomento de la industria nacional, la valorización del mercado interno, la planificación económica y la gestión estatal de los sectores clave de la economía. Representan la apuesta a un modelo de desarrollo alternativo al neoliberalismo y sus recetas de libre comercio, ajuste,



privatización y mercantilización. Finalmente, asistimos al surgimiento de una nueva periferia en el seno de las potencias del capitalismo central, como Grecia, España, Portugal, Irlanda, en el caso de la Unión Europea, donde la alternativa al neoliberalismo se dirime entre el surgimiento de nuevos movimientos populares y rebrotes neofascistas.

¿Qué indican estos elementos? Hasta fines de los 60 era aceptado que la proliferación de los movimientos nacional-populares en América Latina (desde Cárdenas a Vargas, pasando por Perón, Torres y hasta Velasco) se interpretara a la luz de condiciones objetivas derivadas del desarrollo desigual y combinado del capitalismo. Esto sentaba las bases para que en los países coloniales y semicoloniales, el subdesarrollo de la burguesía nacional y la presencia del imperialismo obligaran a que las tareas democrático-populares —e incluso las transformaciones estructurales de carácter socialista— pudieran ser llevadas a cabo por un sujeto heterogéneo, contradictorio e imprevisto por los esquematismos liberales de izquierda y de derecha. Incluso antes o en paralelo a las reflexiones de Gramsci sobre la hegemonía, el mismísimo León Trotsky explicó, a partir de la experiencia mexicana, que la anatomía estructural de estas sociedades orientaba a la conformación de dos bloques sociales, políticos y culturales en disputa, y que la suerte de los revolucionarios en México y más allá estaba atada a la suerte de regímenes como el de Cárdenas. “La causa de México es la causa de toda la clase obrera del mundo”, llegó a escribir.

Claramente los tiempos han cambiado y con ellos las formas de la política y del análisis político. Su signo dominante es la contrarrevolución neoliberal, pero también la de sus resistencias y crisis, que abren la posibilidad para el ensayo de alternativas. Allí se inscribe la anomalía del nuevo ciclo o “cambio de época” en Argentina y en la región. A nivel global, sin embargo, el capítulo que se abre con la crisis en 2008 indica que seguimos en una etapa en la que los problemas del régimen de acumulación neoliberal que se iniciara a fines de los 70 tienden a resolverse mediante la profundización de la concentración y centralización de las fracciones dominantes del capital financiero en un espacio global en constante expansión, en detrimento de otras fracciones del capital y de los derechos de los trabajadores. En el plano político ideológico, el pragmatismo consensualista y la retórica institucionalista hacen agua tanto para interpretar la crisis de legitimidad de los regímenes políticos de las economías centrales como para dar cuenta de las alternativas populares del sur. Forjada en la posguerra, necesaria en su momento, al decir



de Edgardo Mocca, “para construir una mecánica política moderada y orientada hacia el centro, capaz de exorcizar los fantasmas del totalitarismo de entreguerras y, al mismo tiempo, construir un cerco contra la participación del comunismo en los gobiernos de aquellos países en los que llegó a tener una importante fuerza de masas”, esa retórica está al servicio de la neutralización política del cambio. Como contrapartida, la crisis de representación y el resurgir de los movimientos nacional-populares encontraron, dentro de las variantes del análisis del discurso y la escuela francesa de la “política pura”, una alternativa tanto al institucionalismo como a las versiones mecánicas del materialismo histórico, para devolverle a la política el carácter instituyente de lo social. Sin embargo, la persistencia y semejanza de los condicionamientos y configuraciones estructurales en que se desenvuelven los procesos de cambio obligan a ir más allá del análisis del discurso y recuperar algo de aquel espíritu setentista para mirar nuestra época.

La restructuración de la ecuación del poder mundial y la evolución hacia el multilateralismo, el debilitamiento relativo de la dominación hegemónica norteamericana y el ingreso de nuevos actores que demandan materias primas en el mercado mundial son algunas de las condiciones objetivas en que se desarrolla el ciclo político en América Latina. Junto a ellas, las particulares condiciones de la crisis neoliberal en la región y la emergencia de procesos de cambio habilitaron la posibilidad de que el mentado “viento de cola” se tradujera en la mayoría de los países de América del Sur en una disputa por la consolidación de bloques sociales que, a nivel nacional y regional, intentan subordinar —o al menos condicionar— el esquema de reproducción económica tradicionalmente extractivo y dependiente del capital financiero transnacional. A casi diez años del inicio de este nuevo ciclo político, y con las particularidades que vuelven abstractas —cuando no malintencionadas— las clasificaciones en términos de revolucionarios o reformistas, democráticos o populistas, es evidente que el proceso regional vuelve a configurarse a partir del alineamiento de dos bloques sociales que disputan la conducción política de los procesos nacionales y el modelo socioeconómico que orientará las oportunidades y desafíos que el contexto global le da a la región. ¿Coincidencia, contagio o una vuelta lisa y llana al 45? Ninguna de las tres.

La emergencia de los populismos aquí y allá, su avance —allí donde acceden al gobierno— hacia alguna forma de Estado nacional-popular sin que esto signifique ni una infalibilidad de la historia ni el resultado de una



estrategia urdida por una internacional inexistente, puede entenderse a la luz de lo que Samir Amin consideró, allá por 1989, como una *necesidad* derivada de la emergencia de un sujeto social. Es decir, que el sostenimiento y la profundización de cierta dinámica política en la periferia configura regularidades en los tipos de conflicto que reorganizan progresivamente la relación de todo complejo que llamamos Estado. Primero, el Estado nacional-popular se vuelve necesario, ya que al constituirse rompiendo con la mundialización capitalista “se enfrenta a otros estados capitalistas cuya agresividad para con él jamás ha dejado de manifestarse”. Luego porque la sociedad nacional-popular es una alianza de clases con intereses en parte convergentes, en parte conflictivos, y el Estado es el instrumento de la gestión de esas relaciones. Finalmente, en el plano cultural “porque la relación entre la inteligentsia y las clases populares es igualmente compleja, entretrejida a la vez por alianzas y conflictos” y, agregamos nosotros, de no mediar su síntesis en la forma Estado, quedará subordinada a la de los medios de comunicación.

Desde esta perspectiva, está claro que el “fin de ciclo” implicaría mucho más que un cambio de gobierno, significaría el fin de las condiciones estructurales de posibilidad de ese proceso, entre ellas las formas que asumen las necesidades de los sujetos que emergen y se configuran en tales condiciones. En tanto haya contradicciones entre las nuevas formas que asume el poder económico transnacionalizado y su bloque social por un lado y los sujetos nacional-populares que emergen primero como resistencia y luego como alternativa, el ciclo permanecerá abierto. Desde esta perspectiva, en suma, la formulación sobre el “fin de ciclo” se revela entonces como el equivalente de nuestro tiempo a la sentencia sobre el “fin de la historia”.

En tanto haya contradicciones entre las nuevas formas que asume el poder económico transnacionalizado y su bloque social por un lado y los sujetos nacional-populares que emergen primero como resistencia y luego como alternativa, el ciclo permanecerá abierto. Desde esta perspectiva, en suma, la formulación sobre el “fin de ciclo” se revela entonces como el equivalente de nuestro tiempo a la sentencia sobre el “fin de la historia”.



Disputa hegemónica, elecciones y formato de la política

En el plano interno, podemos analizar el “desgaste” al que hace alusión Levitsky como resultado de la aparición de nuevas demandas y contradicciones al interior del campo popular, derivadas en algunos casos del avance del proceso de cambio y en otros de temas que no eran prioritarios o no se contaba con las capacidades para abordarlos en la etapa reparatoria (“salida del infierno”) y que ahora se vuelven urgentes. La capacidad para procesar estas contradicciones de segundo orden, o “contradicciones en el seno del pueblo”, al decir de Álvaro García Linera, darán cuenta de las posibilidades de expandir la bases de

sustentación de los procesos de cambio mediante el justo y “creativo” abordaje y resolución de estos conflictos.

¿Alcanza con un cambio de tono en el discurso de campaña de algunos referentes para clausurar un ciclo histórico? ¿Cuál es el balance de fuerzas en la región? Si analizamos el ciclo electoral 2014, las elecciones presidenciales confirmaron la voluntad mayoritaria de los pueblos de la región de mantener y profundizar los procesos de cambio, como fue el caso de El Salvador, Brasil, Uruguay y Bolivia. Nada de fin de ciclo por allí.

En ese mismo plano debe analizarse también el desgaste que produce la necesidad crónica de reformar la institucionalidad heredada allí donde no hubo refundación del Estado a través de reformas constitucionales, como en Venezuela, Ecuador y Bolivia. A esta altura del análisis, no debe sorprendernos la coincidencia de que fracciones del Poder Judicial, ciertas reglas del sistema político, y otras organizaciones como las fuerzas policiales comienzan a ser un nicho visible de reagrupamiento de la resistencia al avance popular, y su democratización una bandera de los procesos de cambio.

Pero, además de cambiar las condiciones estructurales, para que exista un

“fin de ciclo” tiene que aparecer el sujeto político que encarne la voluntad de clausurarlo. Allí aparece un entramado de relaciones que conecta a varios sectores de la oposición a los gobiernos populares con los medios de comunicación y con sectores de la derecha norteamericana. Llámese Massa, Bullrich, Capriles o Neves, estos acercamientos, frecuentemente viabilizados a través de las embajadas, como ha sido documentado por WikiLeaks antes de su “salida del clóset” en los encuentros recientes



(FAES, Cumbre de las Américas), son parte de una misma estrategia. A falta de un arraigo más definido, buscan capitalizar la movilización social de sectores medios urbanos que son portadores de una agenda de nuevas demandas heterogénea para erosionar a los gobiernos y ampliar su base de sustentación.

Su discurso polariza a través de la condena a la polarización, politiza a través de la crítica a la politización e ideologiza a partir de su pretensión de clausurar el debate ideológico en el altar de la gestión. A pesar de ello, hay quienes subrayan que el éxito de la “nueva derecha” se debe a su capacidad de disputa del mismísimo repertorio discursivo que constituye el núcleo de las nuevas identidades populares. Macri, Massa, Marina Silva, Lacalle Pou y tantos otros fueron interpretados bajo el signo del venezolano Henrique Capriles, quien después de bautizar su comando de campaña en 2012 nada menos que “Simón Bolívar” y parasitar la estética y discurso chavista, configuró un enemigo casi perfecto que llegó a preocupar al mismísimo Chávez y estuvo muy cerca de ganarle a Maduro. Hay quienes van más allá y postulan que, como resultado de esta dinámica, la tendencia al centrismo habría reemplazado a la polarización. Para el caso argentino, algunos analistas bautizaron bajo el signo de los *commodities* a los tres candidatos con más presencia mediática –Scioli, Massa y Macri–, resaltando la baja intensidad ideológica que los caracterizaría y el cansino perfil de campaña que prometen.

¿Alcanza con un cambio de tono en el discurso de campaña de algunos referentes para clausurar un ciclo histórico? ¿Cuál es el balance de fuerzas en la región? Si analizamos el ciclo electoral 2014, las elecciones presidenciales confirmaron la voluntad mayoritaria de los pueblos de la región de mantener y profundizar los procesos de cambio, como fue el caso de El Salvador, Brasil, Uruguay y Bolivia. Nada de fin de ciclo por allí. En Venezuela, donde no hubo presidenciales, 2014 representó un año en que el gobierno de Maduro pudo aplacar las protestas sediciosas de la oposición y comenzó a hacer frente a la guerra económica. En el caso de Argentina, se superó una devaluación forzada y una corrida contra la moneda nacional seguida de la extorsión de los fondos buitres, redondeando una situación relativamente controlada en el frente externo y con una presidenta que mantuvo la iniciativa política y el sistema de alianzas a pesar de las zozobras a comienzos de 2015, año electoral y último de un mandato presidencial sin reelección.

Pero dejemos de lado por un momento los casos más favorables para



este punto de vista que serían Bolivia, Uruguay y Brasil y concentrémonos en Chile. El triunfo de las fuerzas populares en diciembre de 2013 y la posterior agenda de reformas no significaron un mero retorno del tradicional estilo socialdemócrata de la Concertación sino la emergencia de una Concertación “recargada”. Es decir, una reformulación de la Concertación que permitió incorporar nuevas demandas provenientes especialmente de sectores juveniles, que cuestionan rasgos constitutivos del Estado pinochetista heredado de la dictadura y continuado por los propios gobiernos concertacionistas. Hay que subrayar en este caso que ante la posibilidad de un largo periodo de gobierno de un temprano emergente de la mentada “nueva derecha” como lo fue Sebastián Piñera, el campo popular en Chile pudo dar una respuesta política a las nuevas demandas populares y ganar las elecciones. Más aún, la propia experiencia del gobierno de Piñera, que pasó sin pena ni gloria, también forma parte del balance necesario sobre las potencialidades de la nueva derecha, por lo menos del otro lado de la cordillera. La suerte del gobierno de Bachelet tendrá más que ver con la pericia del campo popular para desarmar la fortaleza a prueba de cambios que significan la Constitución, el sistema electoral, las mayorías agravadas y un sólido núcleo social pinochetista a la hora de implementar una agenda transformadora, que con un inexorable fin de ciclo.

Si nos referimos a la derecha, conviene mirar allí donde gobierna. En el caso de Colombia, podría afirmarse que en 2014 ganó la mejor de sus versiones posibles, entendiendo por esto la que mejores condiciones abre para el campo popular. El triunfo de Santos incluye potencialmente —aunque no asegura— la posibilidad de la evolución hacia un nuevo escenario político donde las fuerzas populares puedan avanzar cualitativa y cuantitativamente, que significa el Proceso de Paz. Aun en ese contexto, frente a la segunda vuelta electoral, las fuerzas populares supieron en dónde posicionarse y hoy continúan la trabajosa tarea de articular densidad social y política para convertirse en mayoría. En suma, aún en un contexto tan difícil está abierto un proceso que es favorable al campo popular, y de lograrse la paz significaría que por primera vez en la historia de Colombia, una oligarquía genocida, que ha perpetrado siempre exterminios cuando un sector popular se ponía más o menos de pie, pueda tener otra mirada respecto de cómo configurar la política. No es un dato menor para evaluar el carácter del ciclo político en la región.

Volviendo ahora sí a los procesos electorales en Bolivia, Brasil y



Uruguay, contra todos los analistas que subrayan el “giro hacia el centro”, el dato clave ha sido la polarización política y no el insulso amesetamiento que podría esperarse de candidatos que tienden a indiferenciarse como parte del cierre de la etapa política. Esta polarización se ha dado en términos políticos e ideológicos y tuvo un punto vertebrador: el rol del Estado, que desde el punto de vista interno, se ha vuelto determinante en la nueva coyuntura regional y nacional en un doble sentido. El primero, la visión usual respecto al rol del Estado en relación a la orientación de las políticas públicas, al Estado tomando partido en función de la redistribución de la riqueza, regulación del capital, promoviendo determinadas políticas de integración favorables a los intereses populares, aun en condiciones de fin del “viento de cola”. Pero la dimensión determinante que explica el carácter central que va asumiendo la idea de corrupción en el lenguaje de la derecha –independientemente de los mayores o menores índices de delito realmente existente– tiene que ver con el rol del Estado en la estrategia de acumulación de fuerzas para los procesos de cambio y las tensiones que esa estrategia implica con la concepción liberal de democracia. Este ha sido y es el subtexto que atraviesa toda la retórica institucionalista sobre la república, el estado de derecho y el respeto a las instituciones por parte de los sectores del poder económico concentrado y sus Sancho Panza esgrimidores de lugares comunes.

La continuidad del ciclo depende entonces del estado de la correlación de fuerzas que se mide en elecciones pero que remite más allá de ellas, a pesar de las diferencias que tienen nuestros procesos. Esta estrategia de acumulación política de los sectores populares es la principal innovación del ciclo político que se inicia con Chávez en el 98. No es que no haya habido antecedentes: el peronismo había sido quizás una de las experiencias más relevantes –y se suponía sepultada– de esa modalidad de disputa cuya interpretación se ha generalizado como populismo. Su retorno se dio de la mano de Chávez, que entre el 92 y el 99 hace un recorrido no geográfico sino histórico-político desde la Nicaragua sandinista al Chile de Allende o a la Argentina del primer Perón. Va de una estrategia centrada en un sector del ejército que busca mediante una insurrección armada producir la correlación de fuerzas para avanzar hacia la toma del poder a una estrategia de construcción de correlación de fuerzas basada en mayorías populares refrendadas electoralmente en el marco de la de la democracia y la institucionalidad heredada. Volviendo a la escena doméstica, mal que le pese a los liberales y “socialdemócratas”



argentinos, el kirchnerismo no es la reedición del montonerismo sino, en todo caso, de la experiencia democrático popular del peronismo de los 70 y de ciertos rasgos de la primavera alfonsinista. El punto de tensión con las tradiciones forjadas en el catequismo de la “transición a la democracia” es que extienden la disputa política más allá de lo electoral, proponiendo complejizar las formas de la institucionalidad democrática como parte de la estrategia de acumulación de poder. Lo mismo puede decirse si volvemos a Chávez y desde ahí miramos a Néstor, a Cristina, y a todos los demás. En su estrategia de acumulación ha combinado elecciones, movilizaciones y tensiones con los factores de poder establecidos, de manera tal de ir disputando la democracia en el campo de la democracia, y concibiendo el espacio del Estado como un espacio articulación y acumulación de fuerzas.

Y es desde esta perspectiva que podemos volver al tema de la “nueva derecha” o lo que representan los Macri o los Massa, para percibirlo como un formato político que es en sí la contrapartida a la estrategia popular. Un formato que tiene que ver con la continuidad de aquel transformismo al que se refiere Eduardo Basualdo cuando describe la paulatina cooptación, dictaduras de por medio, que el capital financiero y sus socios hicieron en nuestro país de las organizaciones políticas y sindicales (también de referentes intelectuales) forjados en las luchas populares para implementar su programa a falta de una herramienta “propia”. Interpretación que extendemos más allá de la experiencia argentina con la cooptación del PJ y la UCR, a la luz de lo sucedido en Bolivia con el MNR, en Perú con el APRA, en México con el PRI e incluso en Venezuela.

Desde esta perspectiva, lo “nuevo” de la nueva derecha es, por un lado, que se lanza a construir nuevas etiquetas, muchas veces “atendidas por sus propios dueños” como Macri o Aécio Neves. Por otro lado, la centralidad de los medios de comunicación no ya como arena privilegiada donde se configuran las nuevas identidades sino como cuartel general donde se define la dirección estratégica y táctica de estas nuevas etiquetas.

La polarización en las elecciones 2014, que se insinúa también en 2015, responde en primer lugar a la disputa entre esos dos formatos de la política, que no son formas neutrales susceptibles de ser llenadas por cualquier estrategia de marketing político sino que definen potencialidades y límites programáticos a partir de cómo y con quién se construye. He ahí el límite del oportunismo discursivo de proponer “mantener lo bueno” y cambiar “lo malo”. A falta tanto de un arraigo social definido



como de una voluntad de confrontación, el bloque social que sustenta esas experiencias de “nueva derecha” definirá el rumbo de su eventual gobierno, como ya ha sucedido antes.

Para algunos analistas la nueva derecha tendría vocación social, sería esencialmente democrática y estaría dispuesta a “continuar con lo bueno y cambiar lo malo” de los gobiernos populares. A la luz del análisis precedente, pareciera que el concepto de nueva derecha, por lo menos en los términos en que ha sido planteado, no alcanza a delinear con claridad el contorno del fenómeno. Más que una renovación de una etiqueta, la “nueva derecha” indica la emergencia al interior de estos procesos de cambio de una nueva estrategia política de los sectores dominantes.

En rigor, la expresión política de las clases dominantes en la región ha tenido dos grandes estrategias y una misma agenda, como no podría ser de otra manera pues expresa intereses definidos. Con el eje de la inseguridad ciudadana busca volver a un Estado represor y desplegar toda una tecnología de vigilancia social. Con el cuestionamiento del intervencionismo estatal quiere avanzar en la desregulación de la economía, con la idea del combate a la corrupción quiere volver a una idea tecnocrática de gestión. Y con la crítica al proteccionismo del Mercosur quiere volver al libre comercio.

Esta nueva derecha no se ha vuelto democrática sino que tiene dos tipos de estrategias. Así como los sectores populares han tomado a la democracia como un campo de disputa y consideran a las elecciones como un aspecto más de una estrategia que incluye la movilización, la derecha también lo hace, con la diferencia de que ha llevado adelante golpes de nuevo tipo, como nos recuerdan Paraguay y Honduras, donde se concretaron, pero también Venezuela, Bolivia y otros tantos donde fracasaron. Una vez más, si Capriles en Venezuela expresa algo “nuevo” no es el acomodamiento discursivo oportunista para disputar la base electoral

Lo “nuevo” de la nueva derecha es, por un lado, que se lanza a construir nuevas etiquetas, muchas veces “atendidas por sus propios dueños” como Macri o Aécio Neves. Por otro lado, la centralidad de los medios de comunicación no ya como arena privilegiada donde se configuran las nuevas identidades sino como cuartel general donde se define la dirección estratégica y táctica de estas nuevas etiquetas.



chavista sino la vocación de construir una pata democrática de la derecha venezolana para combatir con el ala dura encabezada por Leopoldo López, que sigue la estrategia golpista que en 2002 lo tuvo al propio Capriles como protagonista. Pero globalmente, tanto en Venezuela como en la región, se trata de dos estrategias posibles y hasta complementarias, dos almas que conviven al interior de la derecha latinoamericana.

73-83-03

Volviendo a los pagos, no hay indicios de que puedan gestarse las condiciones sociales necesarias para un fin de ciclo. Cualquiera que sea el presidente que asuma en diciembre de 2015 encontrará un país cuyas condiciones generales serán infinitamente mejores que cualquier otro presidente que haya gobernado la Argentina en toda su historia. Además de eso, encontrará, como decíamos al principio, un bloque social y político relativamente compacto, movilizado, con una conducción clara y despliegue territorial, un rumbo definido y un nada despreciable caudal electoral propio.

Ese es el principal balance del ciclo político iniciado en 2003, logro de la democracia argentina y a la vez patrimonio y expresión de una forma particular de comprender la política, de una tradición que hunde sus raíces en la historia de nuestro país pero que se expresa contemporáneamente en la dialéctica de tres momentos históricos recientes: 1973, 1983 y 2003. En cada uno de ellos las condiciones objetivas habilitaron la posibilidad de pensar una democracia popular que pusiera en tensión las pretensiones del poder económico y las corporaciones de autonomizarse y sustraerse de la voluntad mayoritaria. En esos tres momentos también se dio cita un sujeto político con vocación de implementar tales transformaciones.

A diferencia de los ciclos del 73 y del 83, la posibilidad de seguir avanzando en el camino de las transformaciones estructurales y profundizando el carácter de nuestra democracia no encuentra hoy límites a la vista más allá de la capacidad que tenga el campo popular en su conjunto, su herramienta política principal, el FPV, y su conducción, la presidenta CFK, de traducir esa voluntad mayoritaria del pueblo argentino en una clara victoria electoral en octubre. ●

